



**VIOLENCIA - 13**

*Alejandro Mendible Z.*

**Colombia, país violento**

**El asesinato de Gaitán  
45 años después**

Tres disparos de revólver sobre el cuerpo del jefe del partido liberal Jorge Eliécer Gaitán, hechos por un oscuro personaje, Juan Roa Sierra, a la una y cuarto de la tarde del día viernes 9 de abril de 1948; causándole la muerte, cambiaron el rumbo de la historia contemporánea de Colombia. La muerte súbita del líder popular produjo en las principales ciudades del país y particularmente en la capital, Bogotá, un estallido colosal de cólera anárquica que provocó el temor de las clases dominantes pero a la vez mostró la impotencia política de las masas. El fenómeno de la violencia se destaca como una constante en la Historia de Colombia pero a partir de 1948 se convierte en un verdadero viacrucis que viene atormentado su acontecer evolutivo y pareciera no tener fin.

**ACONTECER COLOMBIANO  
HASTA EL BOGOTAZO**

Colombia es un país de variados paisajes donde resaltan cinco regiones bien definidas: la Andina, la del Caribe, la del Pacífico, la Amazona y la Orinoquia. Por su forma evolutiva ha sido considerado como «un país hecho al revés». Por cuanto, por lo general las naciones se formaron de la costa hacia el interior ya que el mar fue siempre el camino de la conquista. Pero en Colombia por razones de clima y de salubridad, los conquistadores subieron por los grandes ríos a las altas mesetas y se establecieron allí aislándose de las corrientes naturales de la civilización que tienen sus vertientes en los puertos marítimos.

En su evolución socio-económica se destaca en el período colonial el hecho de que la hacienda granadina produjera especialmente para los mercados locales y resulta muy significativo que no hubiera aparecido en la Nueva Granada la gran plantación azucarera, tabacalera o cacaoera, capaz de producir excedentes para la exportación, como existió en otros territorios del imperio español ejemplo: México y Venezuela.

Posteriormente, hasta el surgimiento del cultivo del café se destacaban dos economías bien diferenciadas: la del occidente caracterizada por ser esclavista y su actividad fundamental era la minería. Y la del oriente, agrícola y manufacturera. La línea de división entre las dos constituía el histórico río Magdalena. En general, imperaba una economía segmentada a modo de archipiélagos resaltando algunos productos como el banano, el tabaco, las esmeraldas, etc. Pero, el café logró sobreponerse a todas ellas y convertirse en el auténtico rey de la economía nacional.

Hasta mediados del siglo XIX las ma-

**Jorge Eliécer Gaitán**



nufacturás y la rica agricultura del oriente contrastaba con la situación de pobreza del occidente donde se localizaban los departamentos de Boyacá y Cundinamarca viviendo en verdadera penuria. A pesar de ser una región deprimida, en el occidente, no obstante, se destacó la minería en la región de Antioquia y se desarrolló una incipiente economía agrícola complementaria para el consumo familiar e inmediato del Valle del Cauca. En general, la sociedad así formada se implantó sobre la importante cultura chibcha y posteriormente se le añadió el componente esclavista. Por el contrario, en la zona de oriente se operó una significativa colonización sin necesidad de la explotación del indígena aunque su resistencia durante el período colonial fue notable. Se desarrolló una economía impulsada por pequeños campesinos y no se dió la manifestación del latifundio. Tampoco se encontraron importantes minas de oro o plata ni se conoció la esclavitud. Mediado por estos factores floreció una rica actividad urbana donde se destacaron las ciudades de Pamplona, el Socorro, San Juan de Giros y otras. El florecimiento económico de la región fue seriamente afectado por la política de libre cambio asumida por los radicales del liberalismo, conocidos en la bibliografía como «gólgotas». La aplicación de esta inoperante política determinó que la floreciente actividad artesanal de la región no pudiera resistir la ruinosa y victoriosa competencia de las importaciones inglesas.

Con el tiempo, después de la insurrección de los Comuneros del Socorro, en 1781, se fue produciendo una lenta derrota de las posibilidades del desarrollo capitalista independiente y se afirmó la división del trabajo que le asignaba a la región, y por consiguiente a toda Colombia, un puesto de país dependiente exportador de materias primas. De manera insensata los «gólgotas» mantuvieron hasta el presente siglo una escasa protección aduanera, no lograron superar la pervivencia de un régimen fiscal de tipo feudal y privilegiaron las manufacturas europeas.

La anterior situación continuó por otras vías a pesar del surgimiento del café como

la actividad económica nacional dominante. La producción de café se generalizó porque la vertiente andina es el hecho fundamental de la geografía colombiana y este producto se cultiva fundamentalmente en las vertientes. La nueva actividad económica condicionó la formación de una sociedad a escala nacional donde los cafetaleros, actuando como una oligarquía, eran los organizadores y grandes beneficiarios del sistema. La verdad económica consistía en que la bonanza era de los cafetaleros y no de la nación.

A partir de 1929, como en otros países latinoamericanos afectados por la gran crisis del sistema capitalista, en Colombia surgió como respuesta nacional los primeros intentos de industrialización en su fase inicial de sustitución de importaciones. Estos intentos de modernización fueron impulsados durante la primera administración del reformador liberal Alfonso López Pumarejo bajo el nombre de «Revolución en Marcha» (1934-38) donde se adelantó un movimiento político que tomó cuerpo en una legislación que limitaba y condicionaba los derechos de los latifundistas sobre la tierra y la población.

Sin embargo, la nueva formación continuó manteniendo un estado débil. Las razones para que esta situación ocurriera se deben a que, según el estudioso de la realidad colombiana, el francés Daniel Pecaute, ni la simbología del intervencionismo económico, ni la simbología del intervencionismo social, que suelen servir de justificación para afinar la influencia del Estado sobre la sociedad, adquirieron las condiciones requeridas para imponerse en Colombia. La economía del café no adquirió su impulso decisivo sino en los años 20. A pesar de la depresión de los años 30, el dinámico sector agroexportador no se vio obligado a recurrir al Estado para limitar sus perjuicios. Y fue mucho más nacional para él adherirse al «laissez faire» y aumentar la producción, puesto que el Estado brasileño se encargó de sostener los precios del café y le ofreció la oportunidad inesperada de incrementar su participación en el mercado. En suma, el Estado brasileño sirvió directamente a los intereses de los exportadores colombianos. Esta no fue una simple peripecia momentánea. En adelante, el conjunto de las élites económicas colombianas se mostró decidido, en nombre del liberalismo económico, a rechazar toda delegación duradera de poder al Estado en el

ámbito de la gestión económica.

Además, el Estado mantuvo una debilidad persistente por no lograr formar instituciones, como el ejército, que convalidaran su poder de manera eficiente. La explicación de la debilidad de la institución militar como «factor de poder autónomo» en la historia de Colombia, se encuentra en el hecho de que los partidos tradicionales constituyeron los ejes centrales en la configuración, así fuese traumática. Muy por encima de la Iglesia, de las Fuerzas Armadas e incluso del propio Estado, la identificación partidista constituyó el pilar de la integración de la población, cuya socialización política se hizo mediante los valores y símbolos del sistema bipartidista que ha regido en el país. A diferencia del papel que jugó el ejército en el Brasil o Venezuela, en Colombia el ejército fue militarmente ineficaz y políticamente marginado. En esos países el ejército precedió a los partidos políticos como institución y como agente central, mientras que en Colombia el rol central estuvo a cargo de los partidos. En Colombia durante mucho tiempo se nacía liberal o conservador no era posible nacer de otra manera, situación que tiende a cambiar en la actualidad.

Mediado por el anterior contexto se desarrolló una realidad social la cual, no correspondía exactamente con su formalismo político. En Colombia como en los otros países latinoamericanos se dio el bipartidismo liberal-conservador pero a diferencia de casi todos ellos esta situación se prolongó en el siglo XX.

La persistencia histórica de los partidos favoreció la formación de dos oligarquías, las cuales a su vez, crearon dos subsistemas diferentes de interpretar el país y que se excluyeron entre sí. Con el tiempo las cúpulas de las oligarquías alcanzaron un acomodo para mantener la formalidad del juego político hasta que Gaitán empieza a surgir como cuestionador del status quo. Después de regresar con honores de estudiar derecho en Roma, incursiona con éxito en la política tomando gran notoriedad nacional en su famosa arenga denunciando la represión militar en la zona bananera en 1928. Gaitán se fue convirtiendo en el heredero del movimiento popular a cuya dirección habían renunciado los ideólogos burgueses del liberalismo. Uno de sus biógrafos lo describe como un mestizo de familia pobre, de extraordinario talento y tesonera auda-

cia, mas desprovisto de los apellidos indispensables para triunfar en la vida pública colombiana.

El fin trágico del líder y los impactantes eventos que siguieron con el bogotazo se produjeron según un calificado testigo de la época, Miguel Otero Silva, porque en esa oportunidad para las masas, para la «chusma», perder a Gaitán era perder el Jefe de la revolución democrática, perder la revolución misma.

## LOS ROSTROS DE LA VIOLENCIA

La violencia se ha convertido en una sistemática manifestación en la vida colombiana, en relación a sus causas se han sustentado diferentes tesis: desde el establecimiento de la geografía de la violencia, pasando por los factores socio-jurídicos o sus raíces históricas que arrancan en la herencia española e indígena y en los procesos de conquista, colonización e independencia. Otro elemento de consideración lo ha constituido el tradicional enclaustramiento del país. Por lo cual, Colombia ha sido considerado como, «el Tibet de América». Considerando su tradicional aislamiento marcado por su geografía y al que se le auna un comportamiento demográfico donde ha prevalecido la tendencia de los movimientos emigratorios sobre las corrientes mundiales inmigratorias. Este particular enclaustramiento ha contribuido al mantenimiento de la violencia.

En un principio, el término de violencia históricamente se asoció con una serie de conflictos internos surgidos desde agosto de 1946 hasta junio de 1965. Durante ese período, el fenómeno tocó en menor proporción las ciudades y se manifestó con mayor fuerza en las regiones del interior. En especial, tuvo como centro de irradiación los llanos orientales. En esta etapa, la violencia se fundamentó en las tradicionales rivalidades internas entre los dos partidos tradicionales y cobró cerca de 160 mil muertes además de tener graves consecuencias sobre la economía y la psicología social.

En la bibliografía sobre el tema ocupa un lugar destacado el Bogotazo en abril de 1948.

Además de la tradicional violencia política se manifiestan otras variantes no menos cruentas tales como la presentada en las minas de esmeralda, entre los diferentes grupos de narcotraficantes, la de

los escuadrones de la muerte o la perpetrada por los temibles sicarios. También han tomado forma los tipos de violencia surgidos contra las minorías étnicas especialmente las indígenas y los presentados en las zonas de conflicto entre economías modernas y tradicionales como sucede en la isla de San Andrés, en la Guajira o Uraba.

En relación a la tradición de lucha guerrillera, ésta se presenta como un caso muy particular en América Latina. Ya en 1948 se le atribuye a un alcalde liberal organizar el primer grupo guerrillero. Los trágicos eventos del bogotazo fueron atribuidos de manera descarada por el gobierno conservador de turno al comunismo internacional buscando armonizar con los argumentos de la guerra fría.

Y se presentaron por primera vez en el Continente acciones militares organizadas y apoyadas por los Estados Unidos, con carácter antisubversivo.

En la década del 60 se inicia un nuevo tipo de participación insurreccional que se puede seguir en varias etapas. La primera corresponde al surgimiento y relativa consolidación de tres grupos guerrilleros, el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL), y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC), que constituyen en cierto modo la matriz de las fuerzas guerrilleras actuales. Las FARC se organizan en 1966 pero tienen sus antecedentes en la resistencia de los años 50.

Posteriormente en la década del 70 se produce un reflujo y varias escisiones en el movimiento guerrillero. También se presenta el crecimiento paralelo de los movimientos populares y muy especialmente del movimiento campesino y estudiantil. La diversificación de la izquierda legal urbana, que opone una «línea de masas» al «foquismo» armado. Durante este período el gobierno de turno organizó la denominada «operación Amori» (1973-74) emprendida por tropas oficiales las cuales pusieron casi en extinción al ELN. A partir de 1978 con excepción del Movimiento 19 de Abril (M-19) en 1973, hoy legalizado con la denominación de AD M-19), surgen los grupos guerrilleros de la «segunda generación»: Quintín Lama, Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Patria Libre, Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). En 1982 durante la administración del presidente conservador Belisario Betancourt, se ini-

ciaron una serie de diálogos tendientes a buscar la pacificación del país.

Las negociaciones de paz fueron encontrando diferentes grados de tropiezos y después de los fracasos del diálogo de paz con la Coordinadora Simón Bolívar (CGSB), primero en Caracas y recientemente en Taxcala, México, las perspectivas de incorporación a la vida civil de una importante escisión de la Unión Camilista del Ejército de Liberación Nacional, abren las puertas de un nuevo horizonte de esperanza. A diferencia de El Salvador, país en el cual se presentó una resolución global del conflicto armado, en Colombia sigue predominando el modelo de paz parcelado. Es decir, una integración parcial, escalonada de distintos grupos insurgentes, a la vida civil.

En relación al otro álgido factor de violencia como lo ha constituido el narcotráfico se imponen algunas consideraciones. Desde su surgimiento como fenómeno notorio en la primera parte de la década de los setenta hasta su consolidación como grave problema nacional en la actualidad, la producción, tráfico y consumo de narcóticos ha venido incidiendo de manera creciente en la desestabilización social y política del país. Lo que en un comienzo se percibió, por parte de la sociedad y del gobierno, como una curiosa excentricidad propia de ciertas regiones del país con larga tradición de contrabando, muy asociada con la marihuana, pronto se convirtió en una fuerza poderosa desafiante del orden establecido y generadora de una insospechada avalancha de violencia y zozobra. La tolerancia inicialmente permitió que los dineros de la droga se convirtieran en inversiones urbanas y rurales en finca raíz, en aportes a las campañas políticas y en financia-

ción del deporte profesional. Pero ella gradualmente se fue transformando en sospecha, temor y rechazo no sólo a la presencia de recursos contaminados con el narcotráfico, sino también al terrorismo y al eventual proyecto político del narcotráfico, en cabeza propia o en la de ciertos sectores sociales de extrema derecha asociados a él, con severas pretensiones desestabilizadoras.

Hoy, la gravedad de los acontecimientos donde se destaca la desafiante e impúdica actitud de Pablo Escobar (y de los poderosos carteles) que desafían, con el terrorismo la sociedad colombiana sometiendo a constante acoso le dan mayor contenido en el presente a lo señalado por Gaitán hace 45 años en el sentido de que, «en la sociedad donde la justicia reina, hay paz y alegría, donde ella pierde su vigencia, hay oscuridad y dolor». En Colombia, alcanzar la paz es la principal reivindicación nacional.

